despues que le habrémos atado las manos y arrebatado los pobres, dirémos: «¿No veis como no ama al pueblo?»

Hermanos, esto es insufrible, yo protesto en vuestro nombre y en el de los pobres, contra las trabas puestas al ejercicio de la caridad; puesto que ningun emperador tiene derecho á cortar las alas á una virtud que no es francesa sino católica, virtud humanitaria, no nacional: virtud libre, de la que san Bernardo dice: *Præceps amor nec judicio præstolatur, nec consilio temperatur, nec pudore frænatur, nec rationi subjicitur.*

Pero, gloria á Dios, así os dais á conocer al pueblo, que no os conocia bien; impedísteis al pobre fuera á la portería del convento á buscar la sopa, y hoy dificultais al rico le lleve la sopa á su buhardilla: pues qué, ¿pretendeis que el pobre se muera de hambre, para tener el gusto de calificar la Iglesia de cruel? Pues yo os digo que no lo conseguiréis. El pobre no se morirá de hambre; el pobre sabrá pronto que no puede vivir sin catolicismo, y con el auxilio del pobre reconquistarémos la bandera que nos habeis arrebatado, y salvarémos la justicia y el amor, la Iglesia y los pobres, en nombre de la libertad que profanais, del derecho que conculcais, del humanitarismo que invocais.

Ó Madre del amor hermoso, salvad la Iglesia, salvad al Papa, salvad al pueblo de las garras de los tiranos: que el mundo comprenda que no hay maternidad sino en el seno de la fe, que á nadie pase desapercibido que la Iglesia, de que eres madre, es el principio de la sana fecundidad, aquella esposa de la que puede decirse lo que de tí san Ambrosio: *Cœpit concordia et mansuetudine populari, esse sublimis et toto circumferri orbe tamquam currus, et equis velocibus supra mundum rapta ascendit ad Christum*[1].

[1] De Isaac, IV.

CONFERENCIA OCTAVA.

Tribulaciones y estabilidad, á pesar de ellas, de las dos inmaculadas.

I. *Principio del dolor y de la contradiccion.*—La igualdad de pureza entre María y la Iglesia produce la igualdad de contradicciones entre ambas. —El amor á la ley, principio de los dolores de María, es el principio de los dolores pontificios.—Lo acontecido en el templo de Jerusalen cuando la presentacion del Hijo de Dios, reprodúcese en el Pontificado. —Por qué Pilatos no quiso saber lo que era la verdad, al paso que no se atrevió á condenar á muerte al Rey de ella.—El poder en sus relaciones con la verdad.—Por qué todo se insubordina contra el Pontificado.—Herodes y la reproduccion de sus cálculos en la historia.—El niño Jesús y el Pontificado salvados de insidias igualmente poderosas.

II. *Senda ó desarrollo del dolor y de la contradiccion.*—La senda recorrida por María fue la calle de amargura; de amargura es la historia pontificia.—Consideraciones generales sobre esta historia amarga. Confirmacion en el Pontificado de esta profecía de Simeon: *Positus est in signum cui contradicetur.*—El Pontificado es la reproduccion de Job.—Algunas consideraciones sobre la fecundidad de la persecucion.

III.—*Resultados del dolor y de la contradiccion.*—Estabilidad del Pontificado.—María fue su heróico símbolo.—Consideraciones inspiradas por esta palabra: *Stabat Mater* aplicada al Pontificado y á María.—Soledad de María y soledad del Pontificado.—Instabilidad de los elementos antipontificios.—Lucha del espíritu de dominacion y el espíritu de licencia para conquistar el imperio de la Iglesia, escrita por el P. Lacordaire.—Consideraciones deducidas del anterior cuadro.—Actitud del protomártir del Cristianismo conservada por el Pontificado.—Belleza de la Iglesia coronada de espinas.

Hermanos: El asunto de hoy versa sobre las contradicciones y la inmutabilidad al través de ellas de la Vírgen santísima, considerada tambien en paralelo con la inmutabilidad del Pontificado al través de las suyas.

Comprendeis, pues, cuánto debe agobiarme la profusion de ideas en el presente dia.

Tú las ordenarás, santa Vírgen, tú me inspirarás las palabras con que debo expresarlas. Oye en el ínterin, Señora, nuestro saludo: *Ave María.*

I.

Principio del dolor y de la contradiccion.

La Iglesia en todo se asemeja á María: no es extraño, es su hija, y las hijas acostumbran parecerse á las madres. Esto es tan natural, que cuando veis una niña que no se asemeja á la señora que la acompaña, y esta os dice:—es mi hija,—vosotros contestais, y si por etiqueta no contestais, pensais interiormente: «no lo parece;» es que por parecer hija ha de parecerse á la madre.

Considerad á fondo la Iglesia, y luego considerad á fondo á María, y no os quedará duda que María y la Iglesia pertenecen á una misma familia: las impresiones de la Divinidad en una y otra son tan características, que es imposible pasen desapercibidas.

Semejantes en concepcion, en gracia, en influencia, en gloria, la Iglesia y María lo son en el dolor, punto de semejanza del que me corresponde hoy ocuparme.

La Iglesia y María son igualmente atribuladas; ¿sabeis por qué? porque son igualmente puras. Todas las contradicciones suscitadas al reino del Pontificado y á María, lo fueron por el espíritu del mundo, que es el espíritu de impureza; ¿y cómo no? ¿cómo no debia rebelarse el mundo contra esta Niña que le oprime con su pié? ¿cómo no debia rebelarse contra esta autoridad pontificia, voz intransigente del deber, voz que cada dia le arguye de pecado, de juicio y de justicia?

El amor á la ley, poder, elemento indispensable á la vida de la conciencia y de la civilizacion, atrajo los contratiempos á la accion organizadora del Pontificado, contratiempos equivalentes á los dolores de María.

Sí, el respeto á la ley decidió á María á tomar en sus brazos el legislador que habia dado á luz: ninguna consideracion la detiene, ninguna dificultad la espanta, ningun privilegio invoca: para ella la ley es la clave de la armonía moral, y no quiere interrumpir la armonía moral; se dirige al templo, se acerca al altar, cruza sus brazos con los del anciano Simeon, y deja en los de este el tesoro de su alma. El anciano levanta el pedazo de corazon de María, y declara que aquel Niño que acaba de recibir ha sido puesto para bandera de contradiccion: *Signum cui contradicetur.*

Pero al paso que declara que el Niño ofrecido será blanco de contradiccion, anuncia que no cesará por esto de cumplir su destino, que es ser ruina de unos y enaltecimiento de otros.

La profecía se cumplió al pié de la letra.

Apenas salió del templo el Niño, Herodes le declaró aquella guerra que terminó treinta y tres años despues Pilatos decretando su muerte. Desde los brazos de Simeon á los brazos de la cruz, ¡de cuántas contradicciones no fue blanco el Hijo de María! ¿y quién podrá contar los dolores que acibararon tu alma, augusta Madre, desde que Simeon te dijo: «Una espada traspasará tu corazon,» hasta que cayó en tu corazon como una saeta esta palabra de Jesucristo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu?»

Sin embargo, á pesar de las contradicciones, él esparció aquella doctrina que allanó los montes encumbrados y elevó los valles abatidos; aquella doctrina que no tardó á cerrar la boca de los sábios del Areopago y derribar de caballo al representante de la Sinagoga; aquella doctrina que fue, por su estabilidad, ruina y resurreccion.

Hé ahí como María por el amor á la ley recibió el dolor, y como el Hijo de María á pesar de todas las contradicciones fue aquello que vino á ser.

En el heróico respeto á la ley, María fue la bella figura del Pontificado: el Pontificado fue instituido, no para destruir la ley sino para perfeccionarla: realizando esta palabra de Moisés, «la ley regirá «al recto pueblo,» y como la perfeccion no conviene á cuantos se aprovechan de los defectos y vacíos de la ley; de ahí que el Pontificado haya sido en todos tiempos objeto de grandes contradicciones.

Recordaréis que cuando Jesucristo dijo á Pilatos que venia á dar testimonio de la verdad, Pilatos le preguntó ¿qué es la verdad? y sin dar tiempo á que le contestara tomó á Jesucristo y lo presentó al pueblo, y dijo: No encuentro en él causa de muerte. Pilatos no queria conocer la verdad, pero no se atrevia á condenarle á muerte. ¿Sabeis por qué? porque Pilatos representaba el poder, y sabia que el poder necesita apoyarse en la verdad para vivir; pero, por otra parte sabia que conociendo toda la verdad, el poder habria de reformar su vida, ved ahí por qué el poder queria la existencia de la verdad, pero rechazaba su conocimiento; es decir, queria la vida, no queria la reforma.

Esto mismo ha acontecido al Pontificado; el Pontificado dijo: «Yo «vengo á restablecer la ley del amor, base de la civilizacion,» «vengo á dar testimonio de la ley, vengo á restablecer su imperio.» Al oir esta palabra, todo se insubordinó contra el Pontificado, porque todo estaba fuera de la ley: los Gobiernos estaban fuera de la ley, porque no gobernaban segun justicia; los pueblos estaban fuera de la ley, porque se habian dejado embrutecer por las pasiones mas viles y degradantes; la familia estaba fuera de la ley, porque los hijos eran fruto del comunismo de la concupiscencia; las escuelas estaban fuera de la ley porque la verdad y la ciencia se creaban por rescriptos imperiales: todo estaba fuera de la ley, ved ahí por qué al intimar el Pontificado la ley á todo, todo se levantó contra el Pontificado.

Figuraos cuál seria la alarma de las miserias y pasiones al presentir que esta institucion naciente venia á tomar el cetro de los humanos destinos y á regirlos segun el código, severo pero huma-

nitario, de la ley cristiana. ¿Qué será de mi cetro si el nuevo poder se entroniza, dijo el egoismo?

Esta pregunta que el César se hizo al saber la institucion pontificia, es idéntica á lo que dijo Herodes al saber el nacimiento de Jesús: Jesús derribará mi poder, habia dicho Herodes; el Pontificado derribará mi poder, dijo el emperador romano: Muera Jesús, habia dicho Herodes; Muera el Pontificado, exclamó el emperador: Y Belen y sus contornos se vieron inundados de sangre de inocentes niños, para ahogar en su cuna al Rey de Israel; la sangre de inocentes justos inundó la ciudad de Roma, para ahogar en su establecimiento el reino pontificio: Herodes y César clamaron, el uno mirando al Pontífice, el otro mirando á Jesús: *Nolumus hunc regnare super nos.*

Y Jesús se salvó siendo conducido en tus brazos, ó María, á Egipto; el Pontificado siendo conducido por tu impulso, ó Espíritu divino, á las catacumbas.

El cetro de tu Hijo, Señora, fue causa de uno de tus mas crudos dolores; ó Iglesia santa, inefable Madre, el reino de tu Pontífice fue causa de una de tus mas crudas contradicciones.

II.

Senda y desarrollo del dolor y de la contradiccion.

La senda, Señora, que en tu peregrinacion seguiste fue la calle de amargura, que empezó para tí al pié de la última grada del atrio del templo, siguió hasta Egipto, dobló otra vez hasta Nazaret, siguió hasta Jerusalen, traspasó la Samaria y la Galilea, y terminó en la cumbre del Gólgota.

Dios al criarte, llamó al arcángel del dolor y al arcángel de la gracia, y les dijo: Mirad, yo voy á producir una criatura á la que acompañaréis siempre: tú, arcángel del dolor, no cesarás de aguijonear su corazon con tu espada; tú, arcángel de la gracia, no cesarás de derramarla en su inmenso espíritu, para que el mundo vea en ella la confluencia de dos mares, el mar de la gracia y el mar del dolor, para que las generaciones la llamen llena de dolor y llena de gracia.

Y los Ángeles cumplieron la consigna, y la gracia y el dolor confluyeron en tí, con tal ímpetu, que te levantaron, sobre toda criatura, hasta hacerte de toda criatura visible y admirable.

Pues bien, una calle de amargura es la historia del Pontificado: cuarenta Papas fueron martirizados por el imperio romano: ¿quién contará el número de los perseguidores? ¡Ah! bastante crecido es el de las persecuciones. Persecucion de los judíos; persecucion de Agrippa; persecucion de Neron; persecucion de Domiciano; persecucion de Trajano; persecucion de Adriano; persecucion de Antonino; persecucion de Marco Aurelio; persecucion de Severo; persecucion de Maximino I; persecucion de Filipo; persecucion de Decio; persecucion de Gallo; persecucion de Valeriano; persecucion de Claudio II; persecucion de Aureliano; persecucion de Diocleciano; persecuciones aquí, aunque no se haya parado aquí la persecucion. El índice que acabo de recordaros es bastante largo para que me excuse de entrar en pormenores sobre cada una de ellas: verdaderamente el Pontificado aparece el *vir dolorum, el Job,* de las instituciones sociales.

Y no creais que fuese el derramamiento de sangre el trecho mas triste de la calle de amargura. La ingratitud de la sociedad posterior fue mas insufrible. Sí, la sangre de los Papas y de los Santos, por el Pontificado sostenidos, ablandó los fundamentos de la tiranía.

La tiranía fue derribada por los Papas. ¿No parece justo que la sociedad agradecida habia de saludarles como á sus benéficos protectores? Lo parece, pero no fue así. Apenas cesó la guerra de las espadas, empezó la guerra de las doctrinas. Los herejes reemplazaron á los tiranos. El poder de Cristo habia vencido: tratóse pues de vencer la doctrina de Cristo: los Papas fueron el blanco de las contradicciones de los sábios: despues de las contradicciones de la sabiduría y de la fuerza, vinieron las de la política y del genio, de modo que los políticos, los genios, la fuerza, la sabiduría, todos se armaron para derribar el reino moral del Pontificado: la profecía se cumplió, el Pontificado fue un *signum cui contradicetur.*

Todas las revoluciones de la historia empezaron ó finalizaron con un golpe de azadon á los fundamentos de esta obra maestra. Se le ha atacado con todos los pretextos y con todos los títulos, en nombre de todos los principios y de todas las causas. Alarico le combatió en nombre de la civilizacion de Oriente; Lutero en nombre de la civilizacion de Occidente; unos le quitan sus posesiones para dominarla por la pobreza; otros pretenden hacerse dueños de su autoridad con falsos donativos y ampulosas promesas. En fin, en cada siglo ha sufrido cien contradicciones.

El Pontificado hecho blanco de la contradiccion puede decir exactamente como Job: «Al presente me ha oprimido el dolor... las arru-«gas de mi piel dan testimonio contra mí, y lo que es *mas cruel,* cier-«to hombre se vuelve contra mí, contradiciéndome cara á cara con «falsos y *calumniadores* discursos.

«Reune todo su furor contra mí, y amenazándome rechina sus «dientes; *hecho* enemigo mio, me mira con ojos terribles.

«*Todos mis amigos* han abierto contra mí su boca, y zahiriéndo-«me con oprobios me han *como* abofeteado; se han saciado con el «placer de ver mis penas [1].

«Si en la violencia de los dolores que padezco, clamo altamente, «nadie me escucha; voceo y no hay quien me haga justicia.

[1] Job. XVI.

«El Señor ha cerrado por todas partes la senda *del dolor* por la cual «ando: y no hallo por dónde salir, pues ha cubierto de tinieblas «el camino que llevo.

«Despojóme de mi gloria y me quitó la corona de la cabeza:

. . . . . .

«Su furor está encendido contra mí, y me trata como á enemigo.

«Vinieron de tropel sus tropas, *de gastadores*, y abriéronse un ca«mino *para pasar* por encima de mí, y sitiaron con cerco mi morada.

«Á mis hermanos los alejó de mí, y los conocidos mios se retiraron «de mí como si fuesen extraños.

«Los parientes me han abandonado, y los que me conocian se han «olvidado de mí.

«Los que moraban en mi casa y mis *propios* criados me han trata«do como á extraño, y he parecido á sus ojos como un hombre nun«ca visto.

«He llamado á mi siervo, y no me ha respondido por mas plega«rias que le hacia con mi propia boca.

. . . . . .

«Aun los tontos me despreciaban, y á espaldas mias murmuraban «de mí.

«Los que en otro tiempo eran mis consejeros, me abominan, y el «amigo á quien mas amaba, ese me ha vuelto las espaldas...

«Compadeceos de mí á lo menos vosotros que sois mis amigos, «compadeceos de mí, ya que la mano del Señor me ha herido [1].»

Pero esta situacion de amargura y dolor, constante en el Pontificado, no nos autoriza para aplicarle el razonamiento que dirigió á Job Sofar de Naamath. Hé ahí lo que contestó este á la exposicion de las tribulaciones de aquel:

«Lo cierto es que tú has dicho *á Dios:* mi doctrina, ó *la vida que «llevo* es pura, y yo estoy limpio en tu presencia.

«Mas ojalá Dios se dignase responderte y abrir sus labios para ha«blar contigo,

«Y te hiciese ver los secretos de su sabiduría y la multiplicidad de «sus leyes; con lo que conocerias que te castiga menos de lo que tu «maldad merece.

«Si arrojares de tí la iniquidad que hay en tus obras, y no consin«tieses que more en tu casa la injusticia,

«Entonces sí que podrás, limpio de toda mácula, alzar tu rostro *á «Dios, y con su auxilio* permanecer firme y sin temor alguno.»

No, estas palabras no van al Pontificado, el que si devoró el dolor no temió al recibir sus mas tremendas cuchilladas, demostrando realizada en él esta expresion elocuente de Juan: *Perfecta dilectio foras mittit timorem* [2].

No puede decirse que la culpa habite donde habita el dolor; el dolor y la gracia se dieron un abrazo fraternal en las puertas del pa-

[1] Job, XIX. — [2] Joan. IV.

raíso. Desde entonces jamás se han separado, de modo que las grandes figuras simbólicas de JESUCRISTO, en la antigua edad, fueron grandes ejemplares de sufrimiento: «Desde los primeros siglos «JESUCRISTO padece y triunfa: en Abel por su hermano; en Noé bur«lado por el hijo; en Abrahan peregrinando; en Isaac atado en el «altar del sacrificio; siervo en la persona de Jacob, vendido en la «de José, expuesto en la de Moisés, apedreado y destrozado en las «de los Profetas, en las de los Apóstoles arrojado á los mares y ex«patriado; muerto y torturado cada dia en las de los Mártires [1].» He ahí por qué, segun el Apóstol, «la persecucion es necesaria á los que «quieran vivir piadosamente en JESUCRISTO, en vista de lo que po«demos decir que la persecucion es un síntoma favorable de la con«formidad de vida del que la sufre con la vida de JESUCRISTO. La per«secucion no contamina; como las espinas que punzan el lirio no «le afean, así no quitan belleza al alma las tribulaciones que la agi«tan. Y si no al alma, tampoco á la institucion. Lo que el fuego es al «oro, y la lima al hierro, y el aventador al trigo, y la sal á la carne, «es á los justos la tribulacion. Á la simple vista es el cauterio de la he«rida, pero si se la examina se verá que es mas, que es su remedio; «ella enseña lo preferible é ilustra *al viajero para que al dirigirse á «la casa del padre no tome por la casa del padre el establo* [1].»

«Aprendan de aquí los fieles dos cosas, dice Cornelio; primeramen«te, que las tribulaciones son señal no de odio sino de amor de Dios, «son señal de eleccion y filiacion divina, como se desprende de este «texto de Zacarías: *Á esta tercera parte la haré pasar por el fuego, y la «purificaré de la manera que se purifica la plata* [3],» y de este de san Pablo á los hebreos: «Porque el Señor al que ama le castiga, y á cual«quiera que recibe por hijo suyo le azota y *le prueba con adversida«des* [4],» y de estas del libro de la Sabiduría: «Probólos como el oro en «el crisol, y los aceptó como víctimas de holocausto, y á su tiempo les «dará la recompensa.» Aprendan despues, que las tribulaciones no solo no dañan, sino que purifican á los atribulados; por lo que Job decia: «Me ha acrisolado *con trabajos* como se hace con el oro que «pasa por el fuego [5].»

Á lo que con mucho acierto añade el venerable Antíoco: «Como la «cera no recibe fácilmente la impresion del sello si antes no se la «calienta ó muele, así el hombre no recibe el distintivo de la divina «gracia sin el ejercicio de muchos trabajos y enfermedades; por es«ta razon á Pablo le contestó el Señor: Bástate mi gracia, pues la «enfermedad perfecciona la fuerza [6].»

No debo insistir en aclarar el significado y las ventajas de la tribulacion: el Señor dió á Pilatos facultad de hacerle apurar el cáliz de la amargura: «quiso recibir y llevar las incomodidades del mun«do, para darnos á entender que nosotros no podríamos librarnos de

[1] San Paulino ad Aprum. — [2] San Agust. — [3] Zach. XIII, 9. — [4] Hebr. XII, 6. — [5] Job, XXIII, 10. — [6] Hom. LXXVIII.